

Dios hacía todas sus criaturas sin pensar en aquel momento que ella misma es el objeto de esta bondad soberana. Si Bossuet ha negado que este acto sea posible, como de ello se le acusa, no tenía razón. Pero esto no es sino una abstracción pasajera; sostener que este puede ser el estado habitual de una alma, y que es un estado de perfección; que puede, sin ser culpable, llevar el desinterés hasta no desear su salvación ni temer el castigo, hé aquí el exceso condenado en los *quietistas*, exceso del cual se siguen los demás errores que hemos citado arriba. V. AMOR DE DIOS.

**Quillatas.** V. MILENARIOS.

**Quincuagésima.** Es el domingo antes del miércoles de Ceniza, y antes del principio de la cuaresma. Como el domingo siguiente es el primero de la cuarentena, *Quadragesima*, se ha llamado al de que hablamos domingo de la cincuenta, *Quinquagesima*, y así, retrocediendo, se ha dicho la *Sextagesima* y la *Septuagesima*, aunque el número de los días no se encuentra ni exactamente.

Llamábase también de Pentecostés, porque es el día cincuenta después de Pascua; mas para distinguirlo del precedente, se le llamaba *Quincuagesima paschal*.

**Quinisexto.** (*Concilio*). Se ha llamado así al concilio celebrado en Constantinopla el año 692, doce años después del sexto general; se ha llamado también con frecuencia concilio *in Trullo*, porque se celebró en una sala del palacio de los emperadores llamada *Trullum* ó *la Cúpula*. Se la considera como el suplemento de los dos concilios que habían precedido: como no se habían formado cánones respecto de las costumbres y disciplina, los orientales suplieron su falta en este; así los ciento dos cánones atribuidos al quinto y sexto concilio general son obra del concilio *Quinisexto*.

Mosheim ha tomado de aquí ocasión para declamar contra los papas, que no cesaron dice, de inventar nuevos ritos supersticiosos, y nuevas prácticas, como si su principal deber hubiera sido entretener á la multitud con ceremonias devotas; y que tuvieron la

ambición de introducir el ritual romano en todas las iglesias de Occidente. Cuenta en el número de estas novedades la fiesta de la Invencción de la Santa Cruz y la de la Ascension, la *ley infame* de Bonifacio V, que daba á todos los delinquentes el derecho de asilo y de impunidad en las iglesias, las profesiones de Honorio I para embellecer los lugares sagrados, los ornamentos sacerdotales para celebrar la Eucaristía. *Hist. ecclés., siglo XVII, 2.ª p., c. 4, § 2.*

Pero Mosheim no ha podido ignorar que la mayor parte de los ritos que se fecha de novedades y de invención de los papas son seguidos por los griegos lo mismo que por los latinos; ¿son los papas los que los han introducido en el Oriente? En las palabras CEREMONIA, LITURGIA, VESTIDURAS SACERDOTALES, probamos, que estos ritos pretendidos supersticiosos, datan desde el tiempo de los apóstoles. Ha debido saber que el cánon setenta y tres del concilio *quinisexto* manda el culto de la cruz; que cerca de cuatrocientos años antes, se celebraba ya en la Iglesia de Jerusalem la Invencción de la Santa Cruz bajo el título de *Exaltacion*. Véase CATZ. En la palabra ASILO, hemos hecho ver que la ley de Bonifacio V era necesaria en aquel tiempo y que nada tiene de infame. Lo mismo diremos del apresuramiento que han tenido los papas para hacer recibir en todas partes el ritual romano; su razón y en la disciplina es una salvaguardia para mantener la unidad de la fe. Esta pretendida ambición había también caído á los PP. del concilio *quinisexto*, puesto que por sus cánones cincuenta y cinco y ochenta y nueve exigían que la Iglesia romana cambiase su costumbre de ayunar los sábados de cuaresma, porque los griegos no ayunaban aquellos días.

En la palabra ASCENSION hemos probado que esta fiesta es de los tiempos apóstolicos; que se celebra por los orientales como por los latinos; es preciso que Mosheim haya estado extrañamente distraído cuando refirió su institución al siglo VII.

**Quintilianos.** V. MONTANISTAS.

**Quirotilla.** V. IMPOSICION DE MANOS.

## R

**Rabano Mauro.** Monje de la abadía de Fulda y arzobispo de Maguncia, murió el año 856: dejó un gran número de obras que han sido recogidas é impresas en Colonia en 6 tomos en folio. Las principales son *Comentarios sobre la Santa Escritura; Homilias ó Sermones; un Martirologio* y varios escritos *contra Gotescale*; pero adolecen de la rudeza del siglo IX.

**Rabino.** *Rab*, en hebreo, es un doctor; *rabbi* y *rabbini* significan *mi maestro*. Los discípulos de Jesucristo le daban este nombre. Como los doctores judíos se envanecían mucho con este título, el Salvador prohibe á sus discípulos atribuirselo. « No tomeis, les dice, el nombre de *maestro*, pues no tenéis mas que uno que es Cristo. » *Mat., xxii, 10.* Aun se designan hoy bajo el nombre de rabinos á los doctores judíos, sean antiguos ó modernos. Los diversos grados de respeto que les tributan los judíos, los han dividido en dos sectas, la una es de *rabbanistas*, que siguen con ceguera las tradiciones que sus doctores han reunido en el *Talmud*, y en sus comentarios sobre la Santa Escritura; la otra de *caraitas* que observan el texto solo de los libros Sagrados; estos pasan por los mas sensatos, pero son en corto número. Véase CARAITAS.

A excepción de las parafrasis caldeas, de las que algunas partes pasan por haber sido escritas antes de la venida de Jesucristo, ó inmediatamente después, los judíos no tienen ningún libro de sus doctores que no sea posterior en muchos siglos á esta época. Aun cuando este divino Maestro no nos hubiera prevenido sobre la terca adhesión de los judíos á sus tradiciones, y no hubiese predicho la ceguera en que caerian, *Joan., ix, 39*, se reconociera aun este carácter en sus obras. Las fábulas, las puerilidades y errores groseros de que están llenas, disgustan y molestan á los lectores mas animados. Mas como los judíos creen en ellas con tanta firmeza como en la Sagrada Escritura, se cansan de estos libros, argumentos personales y pruebas contrarias á ellos, á que nada pueden replicar. Cuando se les hace ver que sus doctores mas antiguos han comprendido las profecías en el mismo sentido que nosotros; qué pueden contestar? Es lo que han hecho

varios autores cristianos, en particular Raymundo Martín dominico, en una obra titulada, *Pugio fidei*, y Galatin, que le ha copiado en la que se titula de *Arcanis Catholicae veritatis*.

**Raca.** Palabra siríaca usada en Judea en tiempo de Jesucristo; era una injuria, una expresión del mas alto desprecio. Lecemos en *S. Mateo*, v. 22: « Todo aquel que diga á su hermano *raca*, será castigado por el consejo ó por la justicia. » El intérprete griego de S. Mateo y la mayor parte de los traductores han conservado el término siríaco; el padre Bouhours la traduce por *hombre que tiene poco sentido* pero significa mejor en términos populares un *tano*.

**Racional ó Pectoral.** V. ORÁCULO.

**Racionalismo.** Es preciso distinguir dos épocas: el racionalismo antiguo, y el racionalismo moderno.

**Racionalismo antiguo.** En medio de las extravagancias de la idolatría, han aparecido hombres sabios. Justamente irritados de lo absurdo del dogma y de lo abominable del culto; qué habían de hacer? Remontarse al origen de las tradiciones. Dios les había facilitado los medios: primero un hombre, luego una familia y después un pueblo, se han constituido custodios de la tradición. Cuanto mas se condensan las tinieblas, tanto mas se eleva el faro luminoso. Pero los sabios se extraviaron: en lugar de acudir á los hebreos, preguntaron al Egipto; de aquí el disgustarse de las tradiciones. Aquellos á quienes se llamaba sabios, han querido acreditar que lo eran, han confiado en sí mismos, han renunciado á la fe, han emprendido el constituir sin ella la verdad: esta es la primera época del *racionalismo*.

Para hallar su raíz, es necesario entrar en los tiempos de los egipcios, distinguir entre su doctrina interior *esotérica* y su doctrina pública *exotérica*, seguir la marcha y los progresos de aquella: 1.ª razón y explicación de los símbolos; 2.ª doctrina del principio activo y del principio pasivo; 3.ª panteísmo. Lo que era teología secreta entre los egipcios llegó á ser misterios en Grecia. El instituto de Pitágoras es la transición entre la teología y el *racionalismo*. Bien pronto el entendimiento humano se arroja por todos los caminos en busca de las verdades primordiales;



pero en la obra el razonamiento, la sensación, el sensualismo fracasaron; el escepticismo gana terreno, la filosofía, deshecha en llanto, se entrega al eclecticismo, y allí muere.

Pero entre tanto que se cumplía esta prueba, se obraba otra revolución. Las tradiciones primitivas reconcentradas en la Judea comienzan a derramarse al exterior, mediante: 1º la dispersión de Israel, 2º la cautividad de Judá. Mas tarde los judíos circulan por todas partes llevando consigo sus libros sagrados traducidos. Un sordo rumor anuncia al mundo la venida de un reparador; él debe proceder de la Judea, restablecer todas las cosas. La venida del Mesías justifica la predicción; el género humano entra en su camino, se prepara un largo periodo de fe; esta fe guiará la ciencia en los siglos ilustrados, y vencerá la ignorancia en los siglos de oscurantismo.

**Racionalismo moderno.** Después de haber dormido largo tiempo el racionalismo, se despertó: en un principio marcha paralelo a la fe; después se arriesga a perderla de vista, y finalmente rompe con ella.

La razón se vuelve altanera, cita a la religión a su tribunal. Véase CRITICISMO, ENFERMIS NUESTRA, EXÉGETAS ALEMANES, HEGEL, SCHLEGEL. Después de haber extendido su dominación por las ciencias políticas y morales, hé aquí que ataca a los hechos. Véase MYTHO, STRALIS. Se había hecho religión *a priori*, moral *a priori*; esto es lo que se ha intentado: desde entonces el racionalismo traspasó sus límites, y no puede menos de retrogradar.

El movimiento retrogrado ha comenzado ya; el cansancio ha ganado a los adeptos; de aquí el desengaño y las defecciones. Algunos han pasado al eclecticismo, otros á la escuela escocesa; el resto suena todavía en una ilusión vaga de progreso indefinido. Véase ECLECTISMO, ESCUELA ESCOCESA, PROGRESO (doctrina del).

El racionalismo antiguo podía dar razón de su existencia, el moderno no puede; es una rebelión sin motivo del entendimiento humano contra la fe.

Nada ha dejado por mover el racionalismo moderno para colocarse fuera de las tradiciones. ¡Esfuerzos vanos! Se han puesto en juego todas las facultades humanas. ¡Resultados nulos! Y con todo el orgullo humano se mantiene firme. Para impedir que haya acuerdo entre la razón y la fe, que se apoyen el cristianismo, y la ciencia resuscita con aparato el fantasma de la edad média;

pero el cristianismo y la edad média no son idénticos. Grita que es preciso marchar adelante, suceda lo que suceda; pero si se ha comenzado un mal camino, ¿por qué no volver atrás?

Se indigna porque se propone al entendimiento una fe ciega, pero no se le propone sino una fe razonable.

Mientras el orgullo filosófico se agita, la razón pública le pasa adelante; saturada de racionalismo, no quiere ya mas. Las teorías *a priori* están en descrédito; se piden hechos. Hay, pues, un movimiento reaccionario que debe convertirse en provecho de las tradiciones, y los hombres de fe tienen en este momento una grande misión que desempeñar.

Mas es preciso que conozcan el espíritu de la generación actual; que se coloquen en el terreno de los hechos; que se pongan en relación con la ciencia moderna sin precipitarse delante de las novedades, y sin admitir lijeramente los hechos ni aceptar teorías equívocas: la ciencia no es infalible, y no podría prevalecer sobre la palabra sagrada. Manténganse firmes sobre las tradiciones los apologetas del cristianismo, y dominarán la ciencia y podrán esperarla; apenas llegue, se pondrá de acuerdo con ellos. Por lo demás, no teman verse estrechados. El campo de las tradiciones cristianas es vasto; el que sepa coordinar este bello conjunto excitará siempre la admiración por la grandeza de sus cuadros. El campo de las tradiciones cristianas es profundo; el que sepa penetrar en las cavidades que contiene hará saltar manantiales de agua viva que subirán hacia los cielos. Otros harán gustar lo que la religión tiene de amable; ellos harán desear que sea verdadera.

«Se prepara dice Mr. Rambourg, una reconciliación entre todas las ciencias. La filosofía también participa de este movimiento; tiene la misión de establecer la necesidad de una revelación; en eso trabaja indirectamente hace tiempo; ahora comienza á trabajar directamente. Ella no parará en eso. A medida que sondeé los abismos de la conciencia humana, la armonía de la observación psicológica con la revelación, no puede menos de impresionarla. A imitación de Pascal, señalaré este gran rasgo de verdad; llegada la razón humana á este punto, verá con otros ojos estas señales divinas que sirven como de sello á la verdadera tradición. Los milagros le parecerán dignos de atención; renudará homenaje á los que se perpetúan á nuestra vista: en cuanto á aquellos que han

servido de fundamento á la predicación evangélica, conocerá que la crítica no puede desecharlos. Preparados así las cosas, nada podrá impedir que la razón y la fe renueven el antiguo pacto. En este nuevo acomodamiento quedarán en buen lugar las prerogativas de la razón y las preeminencias de la fe; entonces cesa el desórden y concluye el racionalismo.»

El cuadro que acabamos de bosquejar orienta al lector en las profundas desolaciones que produce el racionalismo, sistema de orgullo y bajeza, que cuando desespera de poder comprender se pone á negar, y que, lo cual horroriza, no pudiendo dar razón mejor de su naturaleza que de la esencia divina, confunde á entrambos, sea en el conjunto de los seres, el pantheismo (véase esta palabra y Esrrosismo); sea en su propia apoteosis, ¡La antropotria!

No volveremos á ocuparnos del racionalismo antiguo; únicamente hablaremos del racionalismo moderno, cuyo origen actual no es otro que el principio constitutivo de la rebelión protestante, la facultad del libre examen.

Si este examen se limitase á los motivos de credibilidad, nada sería mas justo, nada mas razonable; pero esta indagación conduciría necesariamente los entendimientos á la comprobación de los hechos, después al testimonio, después á la autoridad; desde entonces quedaba reducido á polvo el principio fundamental del orgulloso error del siglo XVII. Pero este pernicioso examen se dirige á los misterios mismos, sin tener en cuenta que en rigor lógico, siendo la percepción del objeto condicion indispensable de la posibilidad del examen, esta no puede versar sino sobre objetos, cuya percepción está al alcance del entendimiento humano, lo que en sana razón debia impedirle sujetar los misterios divinos á sus investigaciones: el orgullo no discurre de este modo; no pasa al lado de los objetos que no puede escudriñar, y consecue hasta la muerte de la inteligencia, los desecha y niega su existencia. El protestantismo filosófico ha llegado á este término inevitable. No pudiendo comprender á Dios, le desecha, al menos en su revelación. V. SOBRENATURALISMO.

Transcribiremos aquí bellas consideraciones del abate Ravignan.

«Se pregunta con admiración, dice este autor, cómo ha podido suceder que en todo el transcurso de los siglos haya venido tanta incertidumbre y tanta incoherencia á nublar y oscurecer las indagaciones laboriosas, en

las cuales el alma se estudiaba á sí misma. La historia de la filosofía es en gran parte la historia de los trabajos emprendidos por el entendimiento humano para llegar á conocerse. Son tambien los archivos, no solamente los mas dignos de ser estudiados, sino tambien los mas instructivos, si se sabe aprovecharlos. Cuando se quiere leer en ellos con madurez, y resumir atentamente los datos filosóficos sobre la naturaleza del alma, sobre el poder y derechos de la razón, se halla entonces que son dos los sistemas principales que hay al frente.

«Los unos excitados por las impresiones exteriores y sensibles que recibe el hombre en la cuna, que le rodean y acompañan en todas las fases de su existencia mortal, excitados por estas relaciones mantenidas incesantemente fuera por la acción de los órganos y de los sentidos, los unos, digo, han creído que el fundamento de nuestros conocimientos, el poder real del alma y los derechos de la razón debían colocarse principalmente en la experiencia. Esto es lo que se ha llamado empirismo, y por este nombre no quiero significar solamente el abuso, sino tambien el uso de la observación y de la sensibilidad, consideradas segun algunos como el principio de nuestros conocimientos.

«El otro sistema de un espiritualismo mas noble y elevado coloca principalmente en la idea puramente intelectual la naturaleza del alma, sus derechos y su primer poder. Así por medio de la idea pura concibe el alma la verdad y la desunviene por su energía propia é íntima. Esto es el idealismo; y aquí tampoco quiero designar solamente un exceso. La experiencia, pues, la experiencia sensible y la idea pura, hé aquí á mi entender las dos banderas distintas bajo las cuales se pueden alistar todas las teorías inventadas laboriosamente para expresar el principio de nuestros conocimientos, y aun la naturaleza del alma y los derechos de la razón. Los unos parece que todo lo quieren reducir á la experiencia; los otros á la idea.

«Es necesario considerar atentamente estas disposiciones exclusivas y contrarias de hombres á quienes se ha dado el nombre de sabios en el seno de la humanidad.

«Espíritus exclusivos y acaso desconfiados en demasia de las puras y elevadas especulaciones del pensamiento se apoderaron de la materia y de los sentidos, y en ellos se fijaron como en la misma sedo de la realidad; creyeron poder recoger allí todos los principios, todos los conocimientos é ideas de todas las cosas. Adoptaron el empirismo;



de aquí se siguieron males inmensos.»

Mr. de Ravignan traza la historia del empirismo ó de la filosofía experimental en Oriente, en Grecia, en Inglaterra y en Francia. Expone igualmente la historia del idealismo; y recuerda que fueron los mas ilustres representantes de esta doctrina, con los contemplativos de la India. Pitágoras, los metafísicos de Elba, Platón, y después del cristianismo S. Agustín, san Anselmo, Descartes, Malabranche, Bossuet, Fenelon, Leibnitz. Vino después la escuela alemana, y el orador hace ver que se precipitó en todos los abusos del mas exagerado idealismo.

«Hombres, dice, á quienes seguramente no faltaba ni energía, ni extension de inteligencia, se separaron un día de todas las enseñanzas de la tradicion. Han despreciado los trabajos de los verdaderos sabios, y todos los datos del sentido comun. Se han embriagado con sus propios pensamientos. El orgullo del entendimiento y sus ilusiones, que ellos quizá se consultaban á sí mismos, los han arrastrado muy lejos, á muy lejos del término. Entonces todo ha vacilado á sus miradas, todo ha parecido conocido á sus ojos, su vista se ha oscurecido; ya nada han percibido estable y fijo, no han reconocido bases, no han hallado puntos de apoyo. La fe era la tierra de refugio y de salud. Estos hombres no tenían ya fe. La piedra angular, el Cristo permanente en la Iglesia, se habia transformado para ellos en vago fenómeno, en vana evolucion de la idea nada mas.

«Mas entonces la vida verdadera ha buido de estas almas, y no han tenido por último consuelo y por esperanza final mas que una espantosa desesperacion, en una negacion universal y absoluta. Es preciso, pues, permanecer con valor en su buen sentido, es necesario evitar los extremos, es necesario respetar las bases establecidas, y reflexionar largo tiempo antes de pronunciar: es necesario reconocer los límites con los derechos y la accion verdadera de la razon humana.»

Tres cosas, segun el orador, constituyen la razon humana, ó al menos pueden servir para determinar sus derechos: la idea, la experiencia y la necesidad de autoridad.

«Si no se quiere aceptar mas que los derechos de la idea pura, se corre riesgo de abismarse en el golfo de las abstracciones. Si no se quiere aceptar mas que la experiencia de solo los sentidos, se encorva la dignidad de la inteligencia y del espíritu bajo el yugo de los sentidos y de los órganos: si no se quiere en todas las cosas mas que la autoridad y la fe, lo diré con franqueza, se hacen

la autoridad y la fe imposibles en la razon.»

«Muy comunmente los filósofos parten el hombre y le dividen violentamente. Si se aceptase el hombre todo entero como él es con sus diversas facultades, si se aceptase el hombre en su vista intelectual y pura, con su fuerza experimental y sensible, con su ínfima é invencible necesidad de las verdades divinas y reveladas, entonces se tendria el hombre entero; y se tendria la verdadera naturaleza del alma, las condiciones y derechos verdaderos de la razon. Mas no es esto lo que se hace; se toma una facultad, una parte, una fuerza del hombre, y en ella se coloca toda la razon y toda la filosofía.

«Un ejemplo ilustre va á esclarecer lo que acabo de anunciar. Cuando apareció Descartes, quiso penetrar todas las profundidades del alma, sondear la naturaleza íntima de la razon, y comenzar de nuevo metódicamente toda la cadena de nuestros conocimientos. Entonces pronunció aquella expresion hecha despues tan célebre: yo pienso, luego existo. En cuanto á mí, me parece que Descartes pudo muy bien haber dicho: yo pienso y yo existo; ó yo existo y pienso; porque nosotros tenemos igualmente la conciencia de nuestro pensamiento y de nuestra existencia. Creo que convendreis en ello; estas dos verdades son simultáneas, y tienen el mismo grado de evidencia para la razon. Por una misma y simple percepcion del alma conocemos nuestra existencia y nuestro pensamiento.

«Por donde, es aquí adonde quiero ir á parar, podeis bien comprender que para tener verdadera nocion del alma, las condiciones constitutivas de la razon, es preciso unir sanamente los dos elementos empirico é idealista: es decir, en otros términos, en términos muy sencillos, la idea y la experiencia; y por qué? porque hay simultáneamente en el hombre estas dos cosas, estas dos facultades, estos dos principios: la idea y la experiencia; y esto es lo que yo he querido significar asociando estos dos nombres: yo pienso, y yo existo; expresiones la una del mundo lógico ó del pensamiento; y la otra del mundo experimental y sensible.

«He aquí, pues, si es que queremos venir en ello, el doble elemento que constituye desde luego, segun nuestro entender, la naturaleza intelectual del hombre y la fuerza primera de la razon: la idea, la vista intelectual y pura de la verdad; y la experiencia, ó el conocimiento que nos dan los sentidos de los objetos exteriores y sensibles. A la primera de estas facultades, es decir á la idea,

corresponden todas estas nociones generales, espirituales, que no pueden venirnos por los sentidos, tales como las nociones del ser, de lo verdadero, de lo bueno, de lo justo, á las cuales es necesario añadir el amor necesario de la bienaventuranza, la necesidad de obrar por un fin, que sea completo y último. Y allí, tenéis el fondo natural de nuestra inteligencia, y lo que se puede llamar los primeros derechos constituidos de la razon....

«Que sucede, pues, y qué me resta todavía que decir? ¡Ah! la razon impaciente se agita, busca, avanza, avanza siempre. De repente se oscurece su vista, su vigor se detiene; vacila como un hombre ebrio. Se agita en vano en medio de espesas tinieblas. ¿Qué es lo que pasa? Es que lejos de la esfera de la accion del hombre, lejos de su ojo inteligente, mas allá de los límites naturales de la experiencia y de la idea, mas allá de los de todas las leves de la evidencia, mas allá, mucho mas allá se extienden todavía las inmensas regiones de la verdad. Si mas allá existe lo infinito, lo invisible, lo incomprensible; y no podeis dudar de ello, porque sabeis que Dios habita la luz inaccesible. Y aun en el orden humano hay todavía lejos de nosotros, fuera del radio de nuestra vista, de nuestra inteligencia, hay tiempos, hay lugares, hay todos los hechos pasados.

«Mas para atenernos al conocimiento de Dios solo, para llegar á este último caracter que os señalaba yo al comenzar despues de las primeras nociones tradicionales sobre la Divinidad, confesémoslo, ni la idea ni la experiencia, ni la intencion, ni el razonamiento pueden ya aquí servirnos mas, porque se trata de sondear las profundidades de lo infinito, se trata de medir la eternidad. Entonces; quién es el que no tiembla? ¡Señor! ¡Quién vendrá pues á ayudarnos?

«Nosotros tenemos fe. La fe siempre avanza, nada teme, no teme elevarse hasta las regiones de lo infinito, de lo incomprensible. Entendello, pues, os suplico. La fe, extension gloriosa de la razon, le trae lo que ella no tiene, le da lo que ella no puede ni poseer ni alcanzar. Es un don del Señor, un beneficio de la divina gracia.

«¡Oh! sí, vosotros no habeis comprendido la dignidad de esta fe, vosotros que pretendéis que ella quiere esclavizar, ahogar y extinguir la razon. Tal vez no creéis, vosotros, lo que me escuchais en este momento; tal vez en una de vuestras horas mas alegres hayais tenido lástima de los que creen. Pero tened cuidado, nosotros no aceptamos vuestra compasion y vuestra lástima. Creyentes,

y creyentes sinceros, tenemos la razon como vosotros, y con ella avanzamos, y tal vez mas que vosotros vamos nosotros hasta sus límites; nosotros admitimos todo lo que ella admite, todo lo que admitis vosotros, y mas todavía, permitamos decirlo. Mas allá de donde la tenéis vosotros, pasamos nosotros, allá donde vosotros os agoláis en vano, poseemos nosotros, pacíficos, vencedores; allí donde vosotros vacilais, estamos firmes nosotros; donde dudais, creemos; donde desmayais inciertos y desgraciados, triunfamos y reinamos nosotros felices. Tal es la fe; y hé aquí como ella ensalza la dignidad del hombre por los misterios divinos que revela. Verdad es que la fe nos somete á una autoridad, á la autoridad de la palabra divina que se dignó un día mostrarse á la razon del hombre, porque la razon en virtud de los dones del Señor tenia el derecho de pedir esta demostracion y esta prueba. Un día sobre esta bendita tierra de la Judea, por los milagros y las lecciones del Hombredios se cumplió esta manifestacion de la autoridad divina. La razon la oyó, la concibió, la reconoció y se estableció la fe: fe eminentemente razonable, pues que como lo enseñamos y repetimos sin cesar, la razon para creer no puede, no debe someterse sino á una autoridad razonablemente aceptable y cierta...

«No, la fe no viene, ni la autoridad divina tampoco á detener el vuelo de la razon. Al contrario, la fe viene á arrancar el entendimiento vacilante del hombre del imperio de sus tinieblas y de las incertidumbres insuperables á todos sus esfuerzos. Y cuando la fe ha establecido así su imperio pacífico, cuando reina así en el fondo de nuestros corazones, entonces la razon puede con toda seguridad recorrer, medir, penetrar, sondear este universo inmenso, tan generosamente dejado á sus libres investigaciones. Sea pues que recogida en sí misma baje profundamente al alma para estudiar su naturaleza íntima, y remontarse á los primeros principios, á la esencia misma de las cosas, sea que dirigiendo la vista sobre estos mundos visibles descubra sus fenómenos, penetre sus leyes, seale en medio de torpezas de hechos la alta economia del gobierno del mundo, ensalze al hombre inteligente, siempre el abrigado tutelar de la fe, es libre y verdaderamente grande: él mide la extension de la tierra y de los cielos, no conoce ya obstáculos ni barreras, seguro como está de que marcha en pos de la misma palabra y autoridad divina. Así, y únicamente así es cómo



la razón se eleva y engrandece, garantiza contra sus propios extravíos; así es como se eleva hasta el mas alto grado de verdadera ciencia. Si, ella ha conquistado toda su dignidad por su obediencia a esta ley, y llega á ser el mas noble y último esfuerzo del genio del hombre, cuando al dar á sus fuerzas todo el desarrollo, ha respetado tambien los límites de su naturaleza, y ha merecido unirse á la luz y á la gloria divina.

« He dicho todo lo que queria decir. Me parece haber fijado, aunque muy en compendio, ciertas nociones suficientes sobre nuestra naturaleza inteligente y sobre los derechos de la razón. Las resumire en pocas palabras. Tres estados ó tres especies de conocimientos y de afirmación: la evidencia ó la intuición; el raciocinio ó deducción; la fe. Estos son tres actos ó tres funciones del alma, que corresponden á otros tantos caminos ó medios de llegar á una afirmación cierta: la idea, la experiencia, la autoridad. Fuera de esto, no temo decirlo, no hay verdadera filosofía, no hay nocion verdadera del hombre, no se hace justicia á la naturaleza inteligente.

« Para acabar, si es posible, de alejar injustas repulsiões colocaremos frente á frente la filosofía y la autoridad católica ó la Iglesia. Preguntaremos francamente á la filosofía y á la razón qué es lo que ellos reclaman y exigen de la autoridad y de la fe católica; y conoceremos que la filosofía obtiene con el catolicismo todo cuanto tiene derecho de reclamar, y que lo que no obtiene, no tiene derecho á reclamarlo.

« La razón reclama con justicia cuatro cosas para el hombre: *el derecho de las ideas y de las verdades primeras, el derecho de la experiencia y de los hechos; soluciones fijas sobre las grandes cuestiones religiosas: finalmente, un principio fecundo de ciencia, de civilización, de prosperidad.* Por la fe, y solamente por la fe católica, obtiene la razón aquí todo cuanto tiene derecho de reclamar.

« 1.ª La sana filosofía, de acuerdo en este punto con la teología mas comunemente aprobada, ha pretendido en todo tiempo que el análisis de la certidumbre se viniese en último término á buscar apoyo sobre las primeras verdades y los primeros principios que nos son conocidos, y que constituyen en cierto modo el fondo del alma. En estos primeros anillos debe necesariamente comenzar la cadena de las verdades admitidas, sean las que quieran, sin lo que ellas serian como extranjeros que permanecen fuera, que no tienen lugar en el hogar doméstico,

y no están unidos á la familia por vinculo ninguno.

« Así la Iglesia católica siempre ha entendido ser aceptada razonablemente, tener siempre un lugar en la íntima razón del hombre. Jamás ha pretendido la Iglesia hacer admitir su autoridad, aunque infalible y divina, sin unirse por la gracia á un principio interior de convicción personal. Hé aquí lo que es preciso saber.

« Y bien, en el fondo del alma vive y permanece una íntima necesidad de autoridad: es imposible no convenir en esto: ella forma como la conciencia universal del género humano: necesidad de autoridad para los hombres, aun en las cosas accesibles á la inteligencia, pero que exigirían esfuerzos desproporcionados con el estado de la multitud; necesidad de autoridad para los talentos mas cultivados, y aun para el mismo genio en presencia de lo invisible, de lo incomprendible, de lo infinito, que sale sin cesar al encuentro de los pensamientos de todos los hombres. Así ved en todas partes esa admirable propension á creer lo maravilloso y lo desconocido, propension que existe en la naturaleza, y que no es en si un instinto de ciega credulidad, sino mas bien la conciencia de un gran deber, de una gran necesidad, de la necesidad de lo infinito, que falta al hombre, que es buscada por el hombre, y que debe ser hallada.

« La autoridad de la Iglesia, enseñando y definiendo las cosas divinas y desconocidas, está bajo este punto de vista en perfecta armonía con esta necesidad inmensa y universal de la razón humana con la necesidad de autoridad, con la necesidad de lo maravilloso y del misterio. ¿Y esto no es ya unirse á un principio interior?

« 2.ª Además, los fundamentos de la certidumbre moral ó histórica pertenecen á los primeros principios, á las primeras verdades de la inteligencia. En cuanto á la aceptación cierta de los hechos, nada hay en el alma que sea exigido, sino es un testimonio que no puede ser sospechoso ni de ilusión ni de impostura. Mas en verdad, ¿se nos tiene por insensatos? ¿Y cómo creemos? Los apóstoles, los mártires, los PP., los primeros cristianos son testigos de hechos contemporáneos ó poco lejanos. Sus virtudes, su eminente santidad, su constancia, sus sacrificios, su número, su carácter y la alta ciencia de muchos de ellos ponen su testimonio muy á cubierto aun de la posibilidad de error ó engaño.

« ¿Qué, pues, queréis? Qué exigitis por hechos? ¿Sinceramente una tradición histórica

puede ser mas grave, mas imponente, mas seguida, mas sagrada, que esta tradicion católica sobre los mismos hechos que han fundado la Iglesia y su indestructible autoridad? ¿Qué hay verdaderamente razonable y filosófico delante de hechos ciertos é inmutables como una roca? Despues de todo, nosotros creemos sobre un testimonio positivo é irrefragable. ¿Qué mas puede exigir una filosofía sana é ilustrada? Ella cesa de serlo cuando deja de creer.

« Luego si nosotros creemos, no es tanto por servir los derechos de la razón, como para llenar sus deberes. Unicamente la fe puede conservar aquí la verdad de las ideas y la fuerza de los hechos, consagrando, así los primeros principios de la inteligencia, como la certeza de los hechos. Todos los hechos del cristianismo están ligados á la institución de la Iglesia y de su autoridad. Un mismo apostolado, un mismo testimonio, un mismo origen, una misma fe reproducen los unos, establecen la otra. Nosotros poseemos tambien una lógica intrínseca: vivimos por la fuerza de un silogismo enteramente divino, tipo supremo de la verdadera filosofía. Entendámoslo! Lo que el mismo Dios garantiza y afirma es incontestable y cierto. Es así que Dios por los incontestables hechos de su omnipotencia garantiza y prueba el establecimiento de la autoridad católica, anunciada, establecida y ejercida en su nombre; luego esta autoridad es divinamente cierta.

« Lo veis: la filosofía podia reclamar legítimamente los derechos de las ideas ó verdades primeras, los derechos de la experiencia y de los hechos: la autoridad católica los salvó todos, y los consagra por su misma demostración.

« Resumido en seguida á la tercera subdivisión. Mr. de Ravignan hace ver que la Iglesia da altas y positivas soluciones sobre la naturaleza de Dios, del alma y de sus destinos, sobre el verdadero culto que se debe al Criador, sobre las condiciones de reconciliación y union con él, mientras que la filosofía se atormenta, se fatiga y no se alimenta sino de quimeras y errores. La Iglesia afirma y define todos estos puntos sola entre las academias fluctuantes, entre las filosofías divergentes é inciertas, entre todas las ignominias del pensamiento. Y no se diga que se hallan misterios en estas soluciones. ¿Cómo no haberlos cuando se trata del infinito? No los hay en todas partes? Los misterios son un nuevo beneficio. Fijan para siempre el espíritu en presencia de las profundidades divinas, y son las antorchas del mundo; porque la fe no se

limita á encender de nuevo las antorchas de la razón, que nosotros habiamos apagado, sino que enciende en ella otras nuevas y celestiales.

« 3.ª Dios se fecundiza á si mismo y halla en su esencia íntima los términos reales y distintos de su actividad infinita, sin que jamás le haya sido necesaria una creación: el dogma de la Trinidad nos lo demuestra. La Sabiduría increada encarna para servirnos de modelo é instruimos, y principalmente para rescatar al género humano por la sangre de un sacrificio enteramente divino. La necesidad de reparacion y de rescate es el grito de la humanidad... Decid á S. Agustín, decid á Sto. Tomás y á Bossuet que los misterios de la fe cristiana cortan y detienen el vuelo de la razón y del genio. Os responderán que no han tenido verdaderas luces sino por los misterios, y que únicamente por ellas han podido conocer el mundo, el hombre y Dios y en sus admirables elevaciones sobre la fe os llenarán de admiración y os inundarán de quereres soluciones para las grandes cuestiones, para los mas grandes intereses: no los halla sino en la autoridad católica.

« 4.ª Finalmente, la filosofía y la razón reclaman con justicia un principio fecundo de ciencia, de civilización; pero de orden igualmente. Para la ciencia ¿qué se necesita? Punto de partida y datos fijos. Sin este auxilio no hay modo de avanzar, pues que los descubrimientos son raros, y la intuición poderosa del genio no aparece sino con intervalos lejanos y en pequeño número. Estos puntos de partida, estos datos fijos los suministra la autoridad católica, definiendo una manera cierta á Dios, la creación, el alma humana, su inmortalidad, su libertad, su último fin, el desórden moral y la necesidad de reparacion. Lo mismo sucede con el principio de civilización.

« La autoridad católica es un principio civilizador precisamente porque es fija y definida. Propone dogmas, barreras: es la única en la sociedad humana que propone doctrinas estables y fundamentales, y cuando no hay fe definida en las inteligencias, cuando no hay fe autoridad que enseñe soberanamente á los entendimientos sobre las verdades religiosas, entónces la razón y el pensamiento vuelven al estado selvático. Seguramente que á nadie quisiera ofender. Ho expresado un hecho, la lógica del libre exámen de la independencia absoluta de la idea humana se ha reproducido y desenrollado completamente en nuestros dias en la filoso-



ña de Hegel y en otras antigüas. ¿Pero qué son estas filosofías? La subversión entera de toda realidad, y por consiguiente de toda moral, de toda religión, de todo orden social. Y los pueblos comovidos hasta en sus fundamentos, alteradas todas las bases intelectuales y políticas, manifiesta demasiado en gran número los efectos del funesto abandono, en que se ha querido dejar al poder regulador de las creencias y de las doctrinas religiosas....

« Es necesario arriesgarse á pronunciar que la autoridad católica es el *paladum* verdadero, el custodio conservador hasta de la libertad de pensar: porque le evita la *locura*, lo que es hacerle un gran servicio. La razón, pues, acepta ella misma la autoridad católica, la acepta y la abraza estrechamente, porque la ve aceptable y cierta.... La Iglesia sola aparece en el mundo llenando las condiciones de esta autoridad necesaria. Antigua, pura, santa, eclesial, de genio, ha continuado hasta nuestros días con calma y majestad su marcha en medio de las oscilaciones y borrascas. Tiene desarrolladas en su mano las tradiciones sagradas del Evangelio y de la historia, que han marcado, con el sello de la institución divina, su origen y su duración. La Iglesia habla á los ojos, á la conciencia, al buen sentido, al corazón, á la experiencia; habla el lenguaje de los hechos y de las verdades definidas que hallan siempre en las almas sinceras, con el auxilio divino, un asentimiento generoso y apacible. La razón sostenida por la gracia ata entonces con seguridad á la columna de la autoridad los primeros anillos de la cadena: sus más íntimas convicciones se unen en el mismo Dios á la fe consagrada: el hombre instruido de ello habita entonces una grande luz, lejos de la duda, lejos de las indagaciones y de las ansiedades penosas.... Así es como á la sombra de la autoridad y de la doctrina católica avanza la sociedad en los caminos regulares de la ciencia y de la civilización, de la fuerza y de la verdadera prosperidad.

« Además, es necesario probar que lo que la filosofía no obtiene de la Iglesia, no tiene derecho de exigirlo.

« Al frente de la Iglesia católica la filosofía no obtiene: 1.º la sanción de su loca y deplorable pretensión de volver á comenzar todo y crearlo de nuevo: el mundo, la verdad, la religión, Dios, el hombre, la sociedad y la filosofía misma; como si nada hubiese encontrado ni definido hasta allí, como si to-

davía no se hubiese enseñado á la humanidad.

« 2.º La razón no obtiene profesar la independencia absoluta de la idea humana, de suerte que en el dominio de la inteligencia Dios sea el inferior, y la razón el superior. No: es preciso saber que Dios reina, verdad soberana, inteligencia infinita y con todos estos títulos puede enseñarnos cuando le agrada y como le agrada. ¡Que! nosotros podemos revelar nuestra alma con toda libertad á nuestros semejantes, ¿y Dios no podrá? La pretensión sería extraña.

« 3.º La razón no obtiene escapar necesariamente á la lengua de los hechos, á las pruebas inmensas de la tradición y de la historia. El paralogismo y lo absoluto no son sin derecho. Pero no: se quiere soñar á su placer, meorarse en las nubes: construir *a priori* un mundo y un cristianismo aventurero, y sistemas interminables, cuando Dios, criador y reparador, ha construido con sus manos el universo católico. Pretender no reconocer otro camino, ni otra guía en religión que la razón especulativa y la abstracción vaga, es perderse como el humo en los aires. Sin duda no tardaremos en hallar historiadores que traduce de esta suerte los hechos de Carlo Magno y de S. Luis como puros fenómenos de la idea ó bien como meteoros atmosféricos. ¿No tenemos ya historias que se aproximen á esta nueva perfección? Á cada género de verdad su certidumbre: á las verdades solamente intelectuales la certeza metafísica; á las leyes de la naturaleza la certeza física ó de observación; á los hechos la certeza histórica ó de testimonio; y esta última es absoluta como las otras. ¡No lo olvidemos jamás! Tratemos de vivir en el mundo positivo y real.

« Cuando se trata, pues, de una cuestión de hechos no tiene la filosofía el derecho de olvidar la historia ó de traducirla en abstracciones ideales.

« 4.º La razón tampoco obtiene el cortar el lazo estrecho y necesario que une la verdad y la virtud. Este es el gran sofista del día. Se pretende dejar la fe católica y guardar la moral: se cae en un engaño, se destruye la una y la otra. Sin los dogmas no hay base ni sanción para los preceptos.

« Se ha dicho con razón: una moral sin dogma es una justicia sin tribunales, una ley sin poder ni sanción.

« 5.º Finalmente, la razón no obtiene delante de la fe católica el inventar estos progresos de dogma y de la moral religiosa, semejantes á los progresos de la industria y de

las máquinas; porque Dios ha dicho la verdad al hombre, y la verdad para el hombre de un tiempo es la verdad para todos los tiempos, pues es inmutable como el mismo Dios; su autor y su tipo. Si, Dios ha venido al socorro de la incertidumbre y de la movilidad humana. Ha colocado en medio de un horizonte infinito un centro inmóvil; la autoridad, y la autoridad revelada. Niagón progreso puede mudarla con estos religiones progresivas de la humanidad, de la idea, del socialismo, y no se qué otra todavía, si fuese preciso para avanzar, cambiar á la manera con que se dice que progresan las cosas humanas acá abajo. ¡Gran Dios! esto sería rebajar mucho al hombre y á su autor: el hombre, cuya necesidad religiosa sería entonces el juguete legítimo de todas las influencias y de todos los sueños pasajeros; Dios, cuyo, conocimiento, culto, leyes, provisiones eternas serían así subordinados á las variaciones de las edades, á las mutaciones de las opiniones, á las luchas y á los capichos de los partidos y de las revoluciones humanas.

« Y si por el progreso se entiende, como parece, una divinidad que se trasforma fatalmente y sin fin ella misma, y que no se teme nombrar, á la vista de tan triste aberración y de tan profundo desprecio de la humanidad, no me queda valor para hablar; no sé hacer otra cosa mas que afligirme en el silencio. No, no; este progreso no es un derecho, no es mas que una palabra violenta lanzada contra la Iglesia, sin significación y sin fundamento. El progreso enteramente consiste en volver á una fe inmutable que guía de nuevo los ánimos al foco divino de todas las luces.

« Finalmente, la filosofía no obtiene presencia de la Iglesia el derecho á una indiferencia total, á una igualdad absoluta, de toda doctrina, de toda creencia y de toda Iglesia; porque sería desterrar la verdad de la tierra, y hacer el mundo inhabitable por seres dotados de razón. Todas las religiones, decís, son indiferentes para la conciencia y para la felicidad de los pueblos. Esta indiferencia filosófica es el gran trofeo conquistado por el espíritu moderno. Así es, decís! Entonces sí y no, afirmación y negación, cisma y unidad, deísmo y fe, panteísmo y cristianismo; aun el ateísmo; todo está unido, asociado, confundido, igualmente verdadero, igualmente sano, puro y bueno. Tal es la lógica de una tolerancia falsa y cruel con que tanto ruido se mete. Nada ya de fe exclusiva.

Sea en hora buena! Sea lo que quiera lo

que se piense ó diga, siempre es una misma religión, una misma Iglesia, en la que están reunidos todos los ánimos, grandemente admirados sin duda de verse juntos. Pero no se advierte que esto es formarse un Dios peor que los del politeísmo. En el delirio pagano, cuando menos las locuras y los crímenes estaban repartidos entre la multitud de dioses, y á cada uno se atribuían diversos grados de infamia; aquí el nuevo perfeccionamiento confundiría y reuniría en un mismo y solo grado de aprobación y de igualdad divina todas las contradicciones, todos los errores, todas las variaciones, todas las ignorancias, es decir, todo lo que tuviesen á bien los hombres apellidar religión y culto.

« Es necesario tener lástima de los que defienden con tanto calor un principio tan fecondo en consecuencias deplorables. La verdad es una, esencialmente una: así como Dios es también uno: la verdad es eternamente irconciliable con la falsedad que es su contraria. Vosotros no queréis mas autoridad, mas unidad de fe y de Iglesia; ¿Qué tenéis? Desecháis estos dogmas intolerantes; ellos atentan contra la libertad de la filosofía y de la ciencia, ellos detienen el desarrollo de la civilización y del verdadero amor entre los hombres. Entonces no hay ya libertad, ni ciencia, ni virtud, ni amor sino donde no se halla la verdad, ó donde ella llega á ser imposible; si, la verdad es imposible en la igualdad que se pretende de todas las creencias y de todos los dogmas á los ojos de la conciencia humana.

« Al contrario, la unidad católica de fe y de Iglesia es el lazo mas perfecto de la sociedad y de la caridad de todos los hombres. Á los que creen en los tiene estrechamente abrazados; á los que se extravían, se les busca; el celo, amor verdadero, los llama, los atrae con todos sus esfuerzos. Y tal es la razón de la fe sostenida con constancia por la Iglesia contra las separaciones y los errores: ella lleva y dirige con fuerza su barca de salvación entre los naufragios y las tempestades, á fin de arrancar á la muerte las víctimas agitados por todas partes al placer de los vientos.

« ¡Pobre viajero, detente! Fatigado en tu carrera en medio de las olas, apartado de tu camino, sin guía ni brújula, vas á perecer. Insensato, búscabas un mundo nuevo, lo has hallado; creías mandar en jefe en el Océano, allí Dios solo reina. Desdénabas, para vogar á lo lejos, seguir los caminos vulgares y las leyes de una larga experiencia; querías siempre avanzar, siempre conquistar; pretendías



no necesitar ni del puerto ni del piloto, y no has encontrado mas que decepciones amargas, crueles ansiedades, luchas violentas; con frecuencia se ha abierto delante de tus ojos el abismo de la desesperacion y de la muerte. ¡Mira cerca de ti navega en paz en el bajel vencedor de los males; solo él te ofrece un refugio seguro, y te promete el viaje sin peligro!

**Ramos (domingo de).** La dominica con que principia la semana santa, y que es la última de la Cuaresma, se llama *Domingo de Ramos*, *Dominica Palmorum*, por la práctica establecida entre los fieles desde los primeros siglos de llevar en procesion y durante el oficio divino palmas ó ramos de arboles, en memoria de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem ocho dias antes de la pasqua. Dicen los evangelistas que habiendo sabido el pueblo la llegada de Jesucristo á Jerusalem, salió á encontrarle; que unos le rodeaban sus vestidos por donde pasaba, y otros cubrian el camino con ramos de palma, y que de este modo le acompañaron hasta el templo exclamando: *¡Prosperidad al Hijo de David!* *¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!* *S. Mat., c. 21, san Marc., c. 11; Evang. de S. Luc., c. 19.* Así le reconocieron por el verdadero Mesías, y por razon de esta ceremonia en muchas provincias llama el pueblo al *Domingo de Ramos, Pascua florida*.

La práctica de la Iglesia es bendecir estos ramos, suplicando á nuestro Salvador que admita benignamente el homenaje que le tributan los fieles como á su Rey y Señor. El P. Leslie, en sus *Notas sobre el Misal mozárabe*, advierte que esta bendición se observaba en las Galias y en España antes del siglo VII, pero puede ser mucho mas antigua, aunque no tengamos de ello muchas positivas. Alcuino, en su libro de los *Oficios divinos*, refiere que en algunas Iglesias se acostumbraba colocar el libro de los Evangelios en una especie de sitial que llevaban los diáconos en la procesion para representar por este medio el triunfo de Jesucristo.

En este mismo domingo acostumbraban en otro tiempo los catecúmenos á pedir al obispo que les administrase el bautismo que debía ser administrado el domingo siguiente, y por eso se llamó *Dominica competentium*. En este mismo día se acostumbraba á lavarse la cabeza como una especie de preparacion para el bautismo, y por esa razon se llamó tambien *capitulum*. Últimamente acostumbraban tambien los emperadores y patriarcas á conceder algunas gracias en este

domingo, y por esto se llamó tambien *Domingo de indulgencia. Notas de Menard sobre el Sacramentario de S. Gregorio*; Tomasino, *Tratado de las Fiestas*, etc.

\* **Raymundo Lutio**, llevó en el siglo XIV al Occidente el conocimiento de las lenguas orientales, para preparar el camino á la conversion de los musulmanes, propagó por su *Grande arte* opiniones en favor ó en contra de las cuales se levantaron los cuerpitos religiosos, tan numerosos entonces. Este *Grande arte* ó *Nuevo método de hallar la verdad* era una especie de síntesis, que consistía en encerrar todas las cuestiones particulares en los principios generales ó proposiciones universales, que él se esforzaba en hacer inatacables por su misma generalidad, escondiendo en ellos la proposicion particular que queria probar. Luego que su adversario concedía la proposicion general, *Raymundo Lutio* de consecuencia en consecuencia y por un camino mas ó menos recto, sacaba de ella su proposicion particular, que probaba haber sido concedida implicitamente al conceder la proposicion general: de donde se echa de ver que no se trata aquí sino de una especie de argumentacion dialéctica de la escuela de Aristóteles. *Raymundo*, para aplicar su método á la religion, formuló toda la creencia católica en proposiciones generales. Sus opiniones llegaron á ser el texto de las disputas de la escuela, como la política es en el día el de las discusiones. En vano la universidad las proscribió de su enseñanza, y las desaprobo un papa: los franciscanos y las defendieron con fuerza contra los dominicos, que las atacaban con igual ardor. Por lo demás, *Raymundo Lutio* siempre se mostró sumiso al juicio de la Iglesia.

☞ **Raymundo Lutio**, dice Mr. Bouvier, hombre singular, extravagante y extraordinario, que vivió durante una gran parte del siglo XIII y principios del XIV, es reputado por muchos como el que contribuyó á dar vuelo al entendimiento humano, y á dirigirle hácia los estudios serios. Nació en la isla de Mallorca, en España, fué primero soldado, cortesano y libertino. Vivamente afectado á la vista de una asquerosa llaga que consumía viva á Eleonor, objeto de sus impuros deseos, abandonó la corte de D. Jaime I, rey de Aragon, renunció á las armas, se aplicó al estudio, aprendió el árabe y las doctrinas de los sarracenos, con el fin de dedicarse á su conversion. Habiendo dejado á su esposa, y tomado el hábito de la tercera orden de S. Francisco, pasó al Africa, desembarcó en Túnez, y predicó la religion á los infieles con

el mayor celo. Arrestado, puesto en prision y salvado de la muerte con trabajo, volvió á Europa y se presentó en todas las cortes cristianas; asedió al papa, á los reyes, á los principes y grandes, para hacerles adoptar su sistema de reforma en las ciencias. A fuerza de instancias obtuvo varios colegios para la enseñanza de su doctrina, y la enseñó él mismo en Paris, despues de haber hecho que la aprobasen cuarenta doctores ó bachilleres de aquella universidad. En 1311, se presentó en el concilio general de Viena, y solicitó de los obispos la adopcion de su método; queria que sus principios fuesen admitidos en toda la cristiandad.

En medio de esta vida vagabunda, tumultuosa, y mezclada de mil incidentes, encontró, sin saberse cómo, el tiempo suficiente para hacer un número increíble de obras sutiles, metafísicas y muy difíciles de comprender. Todas ellas no han sido impresas, y las que lo están componen diez volúmenes en folio.

Arrastrado siempre de su celo ardiente por la conversion de los mahometanos, volvió á pasar al Africa á la edad de ochenta años, y predicó de nuevo la fe, segun el sistema que se habia formado. Arrestado por segunda vez, fué preso, golpeado y maltratado. Rescatado por comerciantes genoveses y embarcado medio muerto para ser conducido á Mallorca, su patria, expiró en el mar, fué desembarcado su cadáver, y sepultado en el convento de franciscanos de aquella ciudad, donde se le venera como á un mártir. La Iglesia, no obstante, no le ha colocado en el número de los santos que venera. Encontramos además en la Historia eclesiástica una bula de Gregorio IX, relativa á los errores que se le han atribuido.

Lo que ha hecho principalmente su reputacion de hombre sabio, ha sido su famoso sistema científico llamado el *Grande arte* ó el *Arte marañillo*.

Consiste este sistema en poner en comun, como en una especie de almacén, los términos generales de lógica, de metafísica, de moral, de teología, combinarlos entre sí, segun las relaciones de cantidades, de modos, de semejanza ó desemejanza; formar con ellos cuadros bajo denominaciones convencionales, tales como las letras del alfabeto, á fin de poderlos hallar cuando se necesiten, y recurrir á los mismos para adquirir nuevos datos. Por este medio se debían conseguir rápidos progresos en las ciencias, que se derivan todas de estos mismos principios.

Agota el autor los recursos de su talento en

imaginar combinaciones y en formar sus cuadros. Fundaba todo su sistema en el número ternario. Por do quiera encontraba, ó hacia entrar á este número. En Dios distinguía la facultad, el acto y la operacion, y por aquí pretendía demostrar lógicamente la existencia del misterio de la Santísima Trinidad. Multiplicando tres por tres, halla nueve, dividiendo nueve entre tres, halla tres. De este modo componia escalas ascendentes ó descendentes de atributos y de sujetos. Por ejemplo, la bondad, la grandeza y la duracion constituyen la esencia; el poder, la sabiduria y la voluntad componen la unidad y la verdad; la virtud y la gloria forman la perfeccion: hé aquí respecto á los atributos. La diferencia, la concordancia y la contradiccion; el principio, el medio y el fin; la superioridad, la igualdad y la inferioridad: hé aquí para las relaciones. Dios, el ángel y el cielo; el hombre, la parte imaginativa y la sensitiva; las vegetativas la elemental y la instrumental; hé aquí para los sujetos.

En cuanto á las virtudes, eran estas la justicia, la prudencia y la fortaleza; la templanza, la fe y la esperanza; la caridad, la paciencia y la piedad. Relativamente á los vicios, eran la avaricia, la gula y la lujuria; el orgullo, la pereza y la envidia; la cólera, la mentira y la inconstancia.

Claramente se ve cuán arbitrarias, insignificantes y poco adecuadas á favorecer el desarrollo de las ciencias son esas divisiones y combinaciones de palabras, copiadas á no dudar de la cabala de los judíos ó de las misteriosas doctrinas de los árabes. Sin embargo, este método inteligible excito en su tiempo la admiracion de un gran número de personas, dió lugar á infinidad de comentarios, y fué admitido en muchos establecimientos públicos. Mas adelante, hombres óscuros, tales como el P. Kircher y Leibnitz, no se desdanzaron de hacer de aquel el objeto especial de sus meditaciones. Se ha concluido por convenir generalmente en reputar dicho método como un conjunto de desvarios, propios unicamente á embrollar las ideas y á hacer perder un tiempo precioso. (*Historia elemental de la filosofía*, t. 2, p. 8 y sig. Edicion de Madrid, 1846.)

\* **Razas humanas.** Examinaremos aquí con las *Conferencias de Saint-Flour* dos cuestiones importantes.

1.<sup>o</sup> *¿Cuántas razas humanas se distinguen?* La diferente forma y color que distinguen la especie humana habia hecho pensar á algunos filósofos de la antigüedad que todos los hombres no tenían un solo tipo. Los increí-